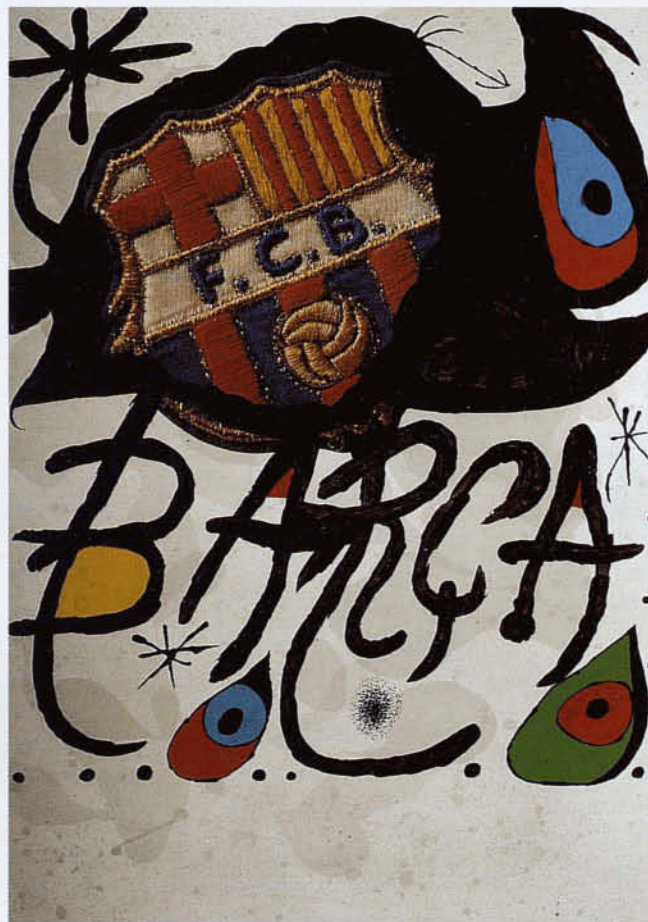


SER DEL BARÇA



CARTEL CONMEMORATIVO DEL 75 ANIVERSARIO DEL F.C. BARCELONA.
JOAN MIRÓ, 1974.

LAS MAYORES VICTORIAS DEL BARÇA SON MOTIVO DE CELEBRACIÓN COLECTIVA, EN FORMA DE CÁNTICOS ENSAYADOS FUERA DEL TEMPLO Y DE LARGOS PASEOS POR LAS CIUDADES, EN UN CAMINAR QUE PARECE PROYECTAR A TODO UN PUEBLO HACIA UNA NUEVA HISTORIA.

ANTON M. ESPADALER CATEDRÁTICO DE LITERATURA CATALANA MEDIEVAL.
UNIVERSIDAD DE BARCELONA



CARTEL DEL 25 ANIVERSARIO. JOSEP SEGRELLES, 1924.

Ser del Barça significa ante todo una manera de entender el fútbol, que es lo que determina la existencia sólida de una ética y de una estética. En esta última vertiente, se proclama la admiración y la adhesión a aquellos jugadores que, en su trato con el esférico, procuran obtener fulgores de belleza, sabedores de que el fútbol, como todo arte efímero, no persigue fines inmediatos (el gol), sino perennes (la memoria de lo vivido); y de que, en consecuencia, sólo son buenos los goles o los momentos inolvidables, es decir los más logrados. Ello no obsta, máxime en una cultura que arrastra una solera menestral considerable, para que se reconozca a aquéllos que aportan al juego esfuerzo y pulmones, y para que incluso se les enaltezca y ponga de ejemplo a quienes se dejan seducir por la molición de la genialidad.

Desde esta posición es completamente imposible contar con jugadores que maltraten al contrario de palabra o de obra, provoquen al árbitro, increpen o exciten al público, finjan daño o falta grave, o se lancen a la piscina en cualquier estación. Se intenta hacer un juego limpio y elegante, y si alguna vez se produce alguna infracción a lo que acabo de escribir, es más bien con voluntad didáctica, mostrando de manera manifiesta aquello a lo que se renuncia, para mayor instrucción de contrarios, comentaristas y público en general. Este punto de partida evita identificaciones y señala rivalidades. No es, pues, vano ser o no del Barça. Como tampoco lo es su creciente universalidad, ya que los valores que ello comporta —modernos, saludables y alegres— suscitan por doquier un grado de entusiasmo y simpatía grandes, poniendo de relieve su necesidad, en claro contraste con otras concepciones debilitadas y caducas.

En segundo lugar, ser del Barça es una manera acompañada de ver el fútbol y, si se terciara, otros deportes donde se agite la divisa azul y grana (parientes modestos de azul y gules). El escritor Ferran Torrent ha explicado en diversas ocasiones que el propio Alfredo di Stefano le confesó que siempre lamentaría no haber podido entrenar a un club como el Barça, que tiene tras de sí a todo un pueblo. No hay duda de que se trata de un factor importante de identificación colectiva, de cohesión nacional. Pero también es el hilo conductor de toda una explicación del propio país, y el lugar donde, a nivel simbólico, se realiza el primer trabajo de integración de aquéllos que se ven obligados a encontrar, en el lugar de destino, un nuevo origen.

Esto significa que es igualmente un modo de ver el juego, inseparable de la expresión de una personalidad colectiva diferenciada, que quiere darse a conocer a través del juego, de esa hora y media que concita alegría, ganas de vivir, creatividad y compañerismo, y que rechaza, por consiguiente, la metafísica, el hieratismo, la sequedad, la gracia fácil y el caciquismo. Se desearía, en su punto ideal, que el juego del equipo fuera un fiel reflejo, como una especie de compendio, de las virtudes comunes.

El juego del Barça —produce of Catalonia, como dijo el psicólogo Tobeña— aumenta —y a veces disminuye, pero poco— la autoestima de los catalanes.

La existencia de estos dos vectores es la que explica por qué las mayores victorias del Barça son motivo de celebración colectiva, en forma de cánticos ensayados fuera del templo y de largos paseos por las ciudades, en un caminar que parece proyectar a todo un pueblo hacia una nueva historia. Porque este carácter de unión de masas, que nunca ha podido dar la política, y que sin embargo no deja de ser profundamente político, separa mucho al Barça de otros festejos deportivos tribales o exigüos.

Y el Barça es también, es decir, también es capaz de expresar, una forma de ser ante la vida, fruto de una historia en la que las dificultades han sido muchas y las derrotas también, y no siempre debidas a las naturales catástrofes, sino muy especialmente condimentadas donde todo el mundo sabe y por quien todo el mundo sabe, lo que nos ahorra el tener que señalarlo. Pero acaso el rasgo más significativo, no suficientemente destacado, y que distingue al Barça de la inmensa mayoría, sea el humor. El Barça es el único equipo que ha asimilado su propia parodia, hasta el punto de que en estos momentos no se aparta de ella, sino que la aprovecha. Esta capacidad no sólo es un signo de civilización, sino un signo de modernidad, al dejar atrás a aquéllos —y son muchos— que tan sólo pueden ver en el fútbol, y en el deporte en general, una manifestación de los aspectos serios de la vida; gente anticuada y de otros tiempos, condenada a sufrir los resultados y las vicisitudes que se producen sobre el no siempre bien cuidado césped, en clave de tragedia. El humor conforta, y haciendo al Barça más amable, lo hace aún más grande. ■